

# Dos Siglos de Pintura de Estados Unidos

RICARDO BINDIS

La pintura de Estados Unidos se inicia, al igual que la nuestra, con el despertar republicano. Sin embargo, los precursores de las bellas artes nacionales son románticos y aventureros artistas europeos; en cambio, en el gran país del norte son los pintores norteamericanos los que se dirigen al Viejo Mundo para perfeccionarse en el arte y sacar partido de la enseñanza europea. El espíritu universal, la buena técnica, se hacen presentes en el arte de la nación que celebra su bicentenario. En el largo trayecto de dos siglos hay, creemos, algunos rasgos inéditos, unas soluciones novedosas, una constante, que trataremos de fijar en estas líneas que pretenden entregar un panorama histórico sobre esta materia.

psd

Si por algo se puede definir, a grandes rasgos, el arte norteamericano, es por el verismo ilustrativo, por un afán de captar con realismo marcado composiciones, paisajes, personajes y hechos que muestren las costumbres nacionales. Recordemos la obra de John Trumbull, George Innes, Albert Ryder, Winslow Homer, James Mc Neill Whistler, Grant Wood, Ivan Albright y aun el vanguardismo de Andy Warhol y Segall, para que se capte ese realismo tan peculiar, casi metafísico, que recoge escenas y formas de vida norteamericanos, casi con ausencia de

atmósfera, alcanzando una suerte de ilustración, género muy considerado en Estados Unidos.

Desde la liberación hasta nuestros días se distinguen varias escuelas pictóricas en el arte de Estados Unidos. El Estilo Colonial ofrece valores muy notables como John Singleton Copley (1738-1815) y Benjamín West (1738-1820), que se forman en la rígida preceptiva académica de Londres donde se perfeccionaron en el oficio elegante, refinado, de la mejor técnica, que caracteriza a la escuela británica. West llegó a ser de pintor de cámara de la corona inglesa, lo que habla bien alto de sus condiciones, y llegó a dirigir la Royal Academy, pero siempre se sintió unido a su tierra natal e inmortalizó a los hombres notables de su país, atractivos por el valor histórico que representan. Copley, con un calor más nacionalista, emerge con una posición más netamente norteamericana.

Gilbert Stuart (1755-1828), es el auténtico maestro que se consagra en los momentos en que el país se independiza. Es el retratista de George Washington, el héroe máximo del país. En innumerables ocasiones fijó los rasgos del patriota con sus mejillas sonrosadas y la alba frente, con una habilidad para captar la carnación que proviene también de su estudio de los grandes retratistas ingleses. Es un artista unido al Viejo Mundo, pero que sabe dar el acento local, con una pincelada suelta, que parece que nada le costara. En suma, el pintor que todos identificamos con Norteamérica.

Charles William Peale (1741-1827), de cromatismo elegante, es otro fiel representante de la Escuela Colonial, de los precursores de la pintura norteamericana. John Trumbull (1756-1843), cierra el ciclo de los pintores históricos, como se aprecia en la famosa tela "Declaración de la Independencia", pero no debemos olvidar a Edward Savage (1761-1817), pintor de la familia de Washington, con un hieratismo muy particular, como se aprecia en el monumental lienzo de la Galería Nacional de la bella capital estadounidense.

La Escuela Nacionalista, conocida también como Escuela del Río Hudson, se interesa más por los asuntos idílicos del paisaje romántico o las entretenciones del pueblo, con un relato plástico eminentemente costumbrista. Frederick Edwin Church (1826-1900) ha fijado con suma inteligencia las lejanías y las visiones panorámicas de la naturaleza de su país. George

Innes (1825-1894), es el gran paisajista, el que interpreta la naturaleza con un cromatismo vibrante, pero que envuelve las formas en una suave gasa de esfumados muy diestros, originalísimos. Samuel Morse (1791-1872), el famoso inventor del telégrafo, fue un excelente pintor y cabe con mucha dignidad en esta lista.

A fines del siglo XIX destacan las máximas glorias del arte de Estados Unidos: James Whistler, Mary Cassatt y John Singer Sargent. El primero, es un artista de alcances internacionales y que en una vida muy activa, viajera, logró triunfos en París y Londres, medios muy exigentes. Whistler (1834-1903), en una posición cosmopolita, tiene una valentía de trazos que lo acercan a las soluciones más modernas. En su vagabunda vida llegó hasta nuestro principal puerto y lo fijó en un cuadro muy hermoso, fechado en 1866, que es toda una estampa de época. Es la "Bahía de Valparaíso".

El impresionismo hace su entrada con una artista de excepcional calidad: Mary Cassatt (1845-1926), que forma parte del grupo que revolucionó las artes plásticas. El toque fragmentado, las pinceladas iridiscentes tan propias del estilo, las aprovecha para captar escenas hogareñas, cotidianas, con singular maestría. John Singer Sargent (1856-1925), otro pintor que pertenece al mundo más que a su país de origen, es de gran destreza manual, de sorprendente virtuosismo. Obtuvo el respaldo de la sofisticada y a la vez culta sociedad europea que lo convirtió en su retratista favorito, realizando espléndidas obras con personajes elegantes.

El realismo ilustrativo, tan típicamente norteamericano, lo encontramos en Winslow Homer (1836-1910), el feliz intérprete de románticas escenas marineras y de campesinos en el feraz suelo de Norteamérica. Thomas Eakins (1844-1916), en el mismo espíritu del anterior, pero buscando en el contraste del claroscuro una visión más tensa, dramática. Su temperamento detallista, analítico, lo llevó a escrutar en los retratos extraños, con un puro sentido plástico, como "Addie, mujer de negro", tela del Instituto de Arte de Chicago. James Audubon (1785-1851), es otro pintor de los temas típicamente norteamericanos, al igual que Albert Ryder (1847-1917), marinista muy consumado, con un valioso acento romántico.

El fin de siglo y la llegada del nuevo, implica profundos cambios. La pintura al aire libre, los triunfos impresionistas comienzan a ganar adeptos y surgen pintores como Frank Weston Benson, de pincelada muy ágil para fijar interiores de la vida hogareña o paisajes de marcado naturalismo. Frederick Carl Frieseke (1874-1939), en postura similar, es un artista que no puede evitar el decorativismo de la “belle époque”, con toda la carga de lánguida entonación que es propia de ese momento, recibiendo, también, la gran influencia del impresionismo.

Los años iniciales del siglo XX están impregnados por la gran prosperidad y el consiguiente amor por lo nuevo. Por eso, no es fruto del azar el nacimiento del grupo “Ash Can School”, surgido en 1908, de un puñado de ilustradores, que encabezó Robert Henri (1865-1929), con una intención moderna y aprovechando la pincelada fluida, valiente, pero con mucho de narrativo, que se observa en pintores como John Sloan y Edward Hopper, el costumbrista de la urbe, el gozador de las esquinas de la ciudad nocturna, con toda su carga de misterio.

La exposición que muestra en forma clara, evidente, la influencia de la vanguardia, es la llamada de la “Armería” (Armory Show), en 1913, en la que participan muchos artistas del grupo anterior y que consagró a George Bellows (1882-1925), que en la vida privada fue un gran aficionado al deporte, por eso se hizo famoso con sus cuadros con inolvidables combates de boxeo, que están tratados con vigor inusitado, con gracia de ilustrador. Es un maestro moderno que dio una visión muy auténtica de la forma de vida del país, pero con trascendencia universal.

Una de las creaciones que mejor refleja este período del arte norteamericano es “Gótico Americano” (1930), inolvidable obra de Grant Wood (1892-1942), que es la más representativa del llamado “Regionalismo” norteamericano. Los personajes, con la mirada directa en el espectador, están tratados con un detallismo de flamenco y de allí que exhiba esta exacerbación del verismo, que ha sido retomado de diversas maneras en escuelas posteriores, manteniendo esta tendencia a la ilustración que es propia de todos los períodos del arte de Estados Unidos. Todo el puritanismo de una época está presente en esta obra del Instituto de Arte de Chicago, con su carga emotiva. Ivan Albright (1897), el alucinante pintor del realismo de pesadilla, también es preciso considerarlo con su figurativismo increíble.

En este momento es preciso considerar que Nueva York se ha convertido en un centro artístico mundial, en un mercado capaz de atraer a los mejores pintores del mundo. Llegan a esta activa caldera cultural maestros europeos de la talla de Leger, Dufy, Breton, Ernst, Mondrian, que aportan su indiscutible influencia sobre los jóvenes y es así como surge un movimiento de poderosa renovación, que arroja sus primeros frutos en la década del cuarenta. La irradiación que produce una personalidad plástica como Lyonel Feininger (1871-1956), nacido en Estados Unidos, pero de importante actuación en Alemania en la Bauhaus, al igual que Josef Albers (1888), de procedencia europea, pero de larga estada en la Unión, han contribuido a robustecer la pintura moderna.

Los museos norteamericanos en este momento son un modelo de presentación y han enriquecido sus colecciones, especialmente el Museo de Arte Moderno de Nueva York, que presenta un panorama completo de las grandes invenciones pictóricas del siglo, lo que mucho ayudó a estimular a los jóvenes para bucear en la cantera abstracta; por eso surge el milagro inventivo de Ashile Gorki (1904-1948) y Jackson Pollock (1912-1956), sacrificando la factura, improvisando, desechando el precepto clasicista del análisis de la forma. Es la "action painting", una fascinante invención de salpicar el color de la brocha sobre el lienzo, en un auto de fe que llevó al "informalismo" a insospechados hallazgos automáticos.

El expresionismo abstracto, que ha tenido numerosos seguidores y cuyo rasgo definidor es el clamar desde la tela con primitivas pinceladas de dramáticos reproches, lo vemos en Franz Kline (1911-1962), uno de los más brillantes pintores norteamericanos del estilo. Este artista ha sabido hacer del espacio el personaje de sus cuadros y aprovecha el económico registro del blanco y el negro, pero enriqueciéndolo con originales texturas. Mark Tobey (1890), con entusiasmo juvenil ha indagado en variantes de la abstracción, con un grafismo muy novedoso. Stuart Davis (1894), en signos sugerentes y un cromatismo sonoro, luminoso, contribuye con sinceridad plástica a dar una nota especial.

En una posición más figurativa y de raíz expresiva es preciso exaltar a Willem de Kooning (1904), que en virulentas imágenes, en sus desnudos mutilados, agresivos, arremete con una fuerza avasalladora para imponer la nueva representatividad

que se avecina. Mark Rothko, en una sugerente simplicidad ofrece un nuevo sentido del espacio a través de unas sutiles bandas coloreadas que se superponen, en una testimonial postura no-figurativa. En similar posición, utilizando la nueva dimensión del espacio, debemos considerar a Robert Motherwell, con su insultante antidecorativismo, aprovechando el irreverente lenguaje de los muros derruidos. Morris Louis es también un interesante pintor de la nueva espacialidad, con sus manchas de primera intención y cargadas de vitalidad. Un alto, para recordar un gran acuarelista, que se nos había olvidado: John Marin (1870-1953), de factura tan simple y un verdadero pionero de la modernidad.

Hace poco más de diez años, cuando se expresaba con optimismo "la batalla del arte moderno está ganada", apareció un tibio figurativismo que aprovechaba los objetos que rodean al hombre de la ciudad, el "pop art", de una exposición organizada por Walter Hopps en el Museo de Arte de Pasadena. Nace una expresión artística típicamente norteamericana que tiene un alcance universal. Todos sabemos que la raíz cultural de Estados Unidos está unida al periodismo y sus diversas formas de comunicación de masas: cine, televisión, tiras cómicas. A esto es preciso agregar el jazz, los westerns y las diversas formas del folklore urbano como los hot dogs, los hamburgueses, los supermercados, la publicidad. Todo esto aparece en el "pop art" y sus infinitas ramificaciones mundiales.

El espaldarazo a esta descarnada expresividad, a esta manifestación artística que aprovecha los desechos de la sociedad industrial, lo consiguió con el Gran Premio en la Bienal de Venecia, en 1964, que ganó Robert Rauschenberg, el más famoso pintor del nuevo estilo. Este artista, que mezcla con ingenio sin igual la fotografía y la pintura para crear imágenes de ensueño, ha realizado audacias tan marcadas que ha llegado a realizar un "ambiente", una verdadera vitrina para lanzar estímulos visuales. Andy Warhol, el otro patriarca del movimiento, ha hecho uso de la fotografía y el cine en un intento de aprovechar mejor los recursos de la tecnología, con abierto desprejuicio. Roy Lichtenstein, es el mejor pintor para recrear el mundo de las historietas cómicas, en tanto que Claes Oldenburg, es el cantor del mundo de ciudad al realizar sus famosos conos de helados

y sus hamburguesas gigantes. Pone en un pedestal el objeto común.

En una línea geométrica, un canto a las formas más austeras, tenemos al original Barnett Newman, con sus cuadros tan impresionantemente esquemáticos. De las exploraciones con cine y la fotografía que iniciaron los "pop artists" surgió el "Foto-Realismo", en un figurativismo que sobrepasa la realidad, utilizando la cámara, aprovechando más bien óptica que la retina. Es una variante de la gran tradición ilustrativa. Todavía más. El más reciente ensayo es el "Video Art", que quiere aprovechar la televisión para nuevas posibilidades plásticas y que tuvo un marcado éxito en la reciente Bienal de Sao Paulo, Brasil.

Estos dos siglos de pintura nos permiten destacar, en estas breves líneas, una actividad plástica incesante, agobiadora por su vitalidad, y las infinitas variantes del arte de nuestros días. El irreverente lenguaje de estos artistas sólo se ha podido dar, aunque parezca paradojal, en un ambiente de gran estabilidad social. La lucha de una forma naciente en contra de una perclitada, se ha impuesto en sociedades que han gozado de gran prosperidad y abiertas a la libertad espiritual. Las excepciones son pocas. La tolerancia y amplitud cultural que ha desmostrado Norteamérica han permitido el amplio espectro que registra su pintura.